

este selecto sitio se tomaba una especie de inspección y tutela superior sobre la joven asamblea, semejando suma componente de otra superior tradicional asamblea, como la inglesa, como la histórica de los Pares. El sitio debido por los viejos y sueltos diputados á la deferencia de los recién reunidos, tomó aspecto de santuario, y los ocupantes á su vez tomaron aires de oráculo. Así la inexperiencia les consultaba los discursos, les leía las proposiciones; cuando topaba con cualquier dificultad, iba seguidamente á ellos para resolverla, y cuando tenía cualquier cuenta que dar á ellos también, para con su consejo y con su auxilio solventarla. Nunca suelen faltar maliciosos en este mundo, gentes destinadas á herir el amor propio de cada cual, y á despertar en los ánimos vidriosas susceptibilidades feroces. Así, de un lado los demagogos y de otro lado los realistas, resueltos á emplear iguales armas en pro de sus sendos opuestos fines, decíanles á los legisladores novatos ser inconscientes reos de lesa Constitución, por haber levantado con sus diferencias un poder nuevo, no reconocido por las leyes. El tole, tole armado con este motivo pudo tanto, que los jóvenes destruyeron la tribuna de los viejos; y al despedirlos y alejarlos, perdieron la vívida luz de su ciencia y el tesoro de sus consejos. Como no se recobra el perdido tiempo, no se improvisa la sabia experiencia. Era entonces toda sesión de una longitud extrema; y esta longitud sólo servía para más acalorar las inteligencias; y este acaloramiento de las inteligencias para más exaltar los ánimos; y esta exaltación de los ánimos para más perturbar y perder al Congreso. La mayor parte de los días comenzaban los diputados sus tareas temprano, á las nueve, y concluíanlas, con cortos intervalos, tarde, muy tarde, á media noche. Recibían de sueldo diez y ocho francos diarios por cabeza, los cuales valían más entonces que los veinticinco francos hoy señalados á los representantes del pueblo francés por las leyes fundamentales. Para conocerlos contamos con la piadosa curiosidad francesa por los anales de la revolución, que ha ido hasta reunir las reliquias menores de sus mayores, y con la multitud de libros redactados para contener y reunir, desde sus rostros en retratos animadísimos aún de vida, hasta sus palabras en colecciones, tan duraderas como la piedra y el bronce. Por obra del necio pesimismo cortesano, apenas hay diputados monárquicos porque sus electores han votado la intransigente agrupación jacobina. Sin embargo, la Cámara se divide por fuerza en realistas de la extrema derecha tradicional, á quienes deberán sumarse los constitucionales modernos, en girondinos del centro, con su corazón puesto, por entusiasmo, en la República, y entregada su conciencia, por deber, á la Monarquía; en montañeses de la extrema izquierda, que dicen buscar la primera República factible, y buscan la segunda revolución inminente, y, con la segunda revolución inminente, la dictadura revolucionaria; grupos lógicos en el estado de los ánimos todos, y en el desarrollo de la colectivamente nacional. Mas, aún se veía cierto grupo, destinado á sumarse con todos, sin querer á nadie, y á llevar la conservación de sus personas hasta el exterminio de su patria; materia horrible, dispuesta de suyo á no combatir en batalla nin-

guna, y aprovecharse de todos los triunfos. Hasta un hombre había que importaba un grupo. Este hombre no se mezclaba en fracción alguna, y no departía con sus compañeros. Silencioso, percibía los terribles hechos que relampagueaban; y, al revés de las aves agoreras, profetizadores de la tempestad, lo sabía él sólo y se lo callaba como un muerto. Gran matemático, estudiaba el elemento de la pérdida de fuerzas, aplicándolo á la mecánica, para después aplicar á la guerra nacional su ciencia toda, y salvar con ella su patria. De puro manejar cifras, se había él hecho una cifra también. Su vida fué cálculo continuo; pero este cálculo, aplicado á sus proceder políticos, le valió la conservación de su propia existencia, y, aplicado á las necesidades colectivas, le valió la salvación de su patria. Él se dejó llevar desde la corte del tribuno Robespierre hasta los Senados del César Bonaparte; mas por amor á Francia. Su inteligencia estaba fría entre inteligencias volcánicas; y su voluntad entera entre universales desmayos. Sentía rodar cabezas en torno suyo, é imitaba la indiferencia de Arquímedes; pidiendo sólo que le dejaran vivir mientras resolvía un problema tan grave como responder á la guerra de los Reyes con la guerra de los pueblos. Vivió como Sieyès, y atravesó incólume la época del Terror. Pero Sieyès guardó la vida para sí; el conmemorado ahora, para Francia. Tan oculto como tenía el pensamiento, ¡ah! tenía tenaz voluntad. Así, fueron sus números, como los números de Pitágoras, vistiéndose de luz y agrupando constelaciones vivificadoras en el cielo tempestuoso de la revolución. Este matemático sublime, frío como sus cálculos, callado como su álgebra; sin discursos de verdadera elocuencia, pero con fórmulas de verdadera utilidad; sirviendo á su Francia, sin preguntarle por quién se dejaba gobernar; general reservado y taciturno, hasta dando sus voces de imperio; férreo, como la voluntad del destino, cual deben ser quienes mandan soldados; obteniendo triunfos militares con el filo de su pluma, y no con el filo de su espada; presente á todos los combates, y participando de pocos; dios invisible de las batallas visibles, era designado en la Legislativa con el apellido Carnot.

En el coro de la Gironda oíase como su principal voz, la voz de Vergniaud; con la clásica elocuencia, pero sin el sarcasmo aristofanesco de Camilo; pronto siempre al combate de la tribuna, que resonaba melodiosa cuando lo poseía él; tan activo de la vida parlamentaria, donde se gozaba de oírse, como indolentísimo en la vida privada, donde sentía culto ferviente al amor de una joven que le adoraba, y sostenía diálogos continuos con sus amigos, que todos le seguían y escuchaban. Junto á él, en torno suyo, veíase la constelación de almas, satélites del espléndido sol: Guadet, con elocuencia bien diversa de la suya, rudísima y fragorosa; Isnard, industrial pertumista, fácil á todos los entusiasmos; Gensonne, tan sesudo de juicio como grave de aspecto y sobrio de palabra; Ducró de óptico natural y brillantísima expresión; todos ellos tan armoniosos entre sí por sus ideas y tan íntimamente concertados en sus voluntades; con el mismo pensamiento motor y la misma finalidad futura, que parecían bajo un horóscopo nacidos y señalados por una idéntica predes-

finación al mismo inevitable fin. Las otras fracciones de ningún modo podían rivalizar con la fracción girondina. Vaublanc, Dumas, Lameth, hermano éste del célebre amigo de Barnave, fluctuaban entre las sugerencias de sus Monarcas y las sugerencias de sus conciencias. Más curiosa é interesante la Montaña, como se llamó por todos al grupo de los dantonianos, reunidos con los robiesperistas. Treo iba de los clubs franciscanos con una pelingenesia en su mente; Couthon, paralítico, por habersele secado los remos inferiores en aventuras de amor, que le valió estar toda una noche metido, de medio cuerpo abajo, en helado lodazal, hablaba desde su asiento, contrastando la inmovilidad de su cuerpo con la movilidad de su elocuencia; Bazere se permitía todos los atrevimientos excusados por todos los fanatismos revolucionarios reunidos en su persona; Thionville unía el silogismo frío al orador estro, la sutileza más escolástica y el más ardoroso entusiasmo, las argucias con las vehemencias; Cambon, celeste negociante de Montpellier, sólo pensaba en salvar á Francia de aquella espantosa crisis económica, por lo cual á una le decían padre del asignado; Lecointre ostentaba sus servicios revolucionarios, como que persuadió las mujeres el día último de Versalles al motín que instaló en Paris la realza; Thuriot, el primero y el último dantoniano, expugnador de la Bastilla, siempre hablaba como si estuviera metido en el incendio mayor de la revolución; Rhul, venido de Alsacia, creía ser el consultor de todos y el diplomático entre todos; alsaciano bien original, pues de sangre alemana tenía el rostro negro y á sus cavilaciones políticas se le había puesto el pelo blanco, semejándose á un vestiglo: que tales eran los principales sumandos de la extrema izquierda. Desde los comienzos de aquel Parlamento hicieronle muy dura la vida los arrebatos jacobinos y las manipulaciones cortesanas. Empeñados los representantes en respetar sus leyes reglamentarias, no podían imponer este respeto á los espectadores. Habiéndose prohibido ellos el aplauso aprobativo y el rumor condenatorio entre colegas, aplaudían y vejaban á todos ellos las tribunas. Aquellos reventadores nuestros tan conocidos en las representaciones de hora, se copiaron del segundo Congreso revolucionario. Dos francos recibía de la corte á diario cada reventador apercibido á silbar los discursos conciliadores y templados. Así promulgaron los representantes un derecho penal terrible y no consiguieron los infelices ni ordenar el Congreso, ni someter el público, ni congraciarse con el Rey. Este, después de haber con modos tan malos recibido á los representantes, dió su brazo á torcer; y los diputados, después de haber querido suprimir los honores antiguos reales, alzaron un trono y extendieron un solio para que Luis XVI creyera en la sesión regia ser un verdadero Monarca. Presentóse así con toda la pompa que le habían regateado y toda la majestad que le habían suprimido aquellos impacientísimos votantes y débiles revotantes. El blanco armiño con el terciopelo rojo; la corona con el cetro; un sillón donde resplandecían bordadas de realce, las lises borbónicas proclamaban á maravilla la votación del Congreso, quitándole al Rey honores un día, y volviéndoselos al día siguiente. Conspiraba

Luis con su cuñado Leopoldo y con su amigo el Rey de Suecia y con sus primos los Reyes de nuestra España y con sus hermanos los proscritos en Coblenza, y pronunciaba un discurso constitucional en que prometía por su religión y por su honor presentarse ante la posteridad como el primer sacerdote de la Constitución. A estas palabras los aplausos resonaron fragorosos y siguieron á los aplausos las aclamaciones atronadoras. El volumen de la Constitución colocado como sobre un altar, parecía la letra muerta y el discurso de Luis XVI parecía la palabra y el espíritu vivos de la nueva legislación. Así, por la hipnotización de todos los nervios semejaba una fiesta de Pascua este día de Pasión. La fraternidad entre los franceses y la unión de todos ellos con el Monarca fué única materia del discurso regio. Así Pauthoret, presidente de aquella quincena, pues cada quince días renovábanse los presidentes, dijo estas conmovedoras palabras: «Si creéis que necesitáis como Rey ser amado de vuestro Parlamento, á su vez el Parlamento necesita ser amado de su Rey.» No hubo dique bastante á contener el entusiasmo tras estas palabras conmovedoras, que subrayó el Rey con un gesto de actor fingiendo en su postura un asentimiento no sentido por su corazón. Así, un aplauso unánime le acompañó desde los salones del Congreso á los salones del Palacio. Y como, por la noche, asistiese á un espectáculo teatral queriendo celebrar el espectáculo parlamentario, no cesaron un minuto ni aplausos ni vivas, como si se hubieran reconciliado todos los tempestuosos espíritus y se hubieran muerto á una todos los combatientes partidos.

Pero con ceremonias y liturgias no se concluyen las luchas civiles y no se apagan las pasiones ardientes. El Rey tenía sus mayores enemigos donde los tenía el pueblo, en los emigrados. Mas, indeciso de por vida, mientras reprobaba los procederes y pensamientos de éstos con sus raciocinios, los aprobaba con sus afectos. Y los dichosos emigrados cada día se pavoneaban más de su influencia, y se hacían más insufribles. La representación de Francia no estaba en el Congreso, estaba en Coblenza. Los diputados elegidos por la gente ruin y descamisada, sólo merecían un grillete ó la horca, según aquel grupo compuesto por caballeros sin caballo, reaccionarios empedernidos é incapaces de comprender el progreso, enemigos de las instituciones modernas; señores del puñal, que creyeron un día detener el movimiento, destruyendo los motores, y provocando, tan dúelistas como espada-chines, á desafíos singulares y parecidos á los juicios de Dios; cortesanos sin corte y aventureros sin aventuras en el régimen de la nueva libertad; gentiles-hombres sin empleo, idos al centro de la emigración, y desde allí no solamente amenazando al pueblo, perdiendo al trono. En vano continuaba el Rey conminándolos; decíanle bragazas ó cautivo. En vano demandaba socorro la pobre Antonieta y les decía cómo el agua, de la tempestad azotada, le llegaba por los labios é iba subiéndole á la frente; llamaban á la más orgullosa Reina conocida republicana y demócrata. Las tías de Luis XV, que, por su amor á las alianzas germánicas, habían perseguido siempre á su imperial sobrina, y tomádola por

principal autora de la incomprensible alianza con Austria; el principal calumniador de su cuñada, Provenza, diciendo hasta el día de morir la mártir, cómo no le perdonaba hubiese dado hijos de otro á su hermano, especie muy embustera y muy cruel; Artois, tan fatuo y tan reaccionario, queriendo que se marchara de Francia el Rey, siquier Francia se perdiese; todos los extremados y todos los violentos urdían tales conspiraciones fuera y armaban dentro colectiva neurosis tan violenta, que una porfía tamaña se desarrollaba poco á poco en términos de no hallar nadie medios de que acabase por algún modo en paz y dejase de traer consigo por consecuencia irremisible una pavorosa catástrofe, cuyos anuncios se oían en los fragores del aire y en los resquebrajamientos del suelo. Para un emigrado no es patria verdadera la Francia revolucionaria; no es verdadero monarca el monarca parlamentario. Así llévase todo proscripto, voluntario y no voluntario, cuanto puede á los países extranjeros y cambia de soberano como solían los antiguos señores feudales. Entre jacobinos y constitucionales no hacían distinción alguna los emigrados. Importábase tanto que la Constitución fuese monárquica como que la Constitución fuese republicana, si era Constitución. Así enderezaban al Rey constitucional frases como ésta: «puesto que no queréis ser nuestro monarca, tampoco queremos nosotros ser vuestros vasallos.» Apenas habían salido de Francia, plantaban en el sombrero la escarapela blanca que imprimían dentro de Francia en el corazón. Así, las Cortes absolutistas los acogen como cortesanos probadísimos. Y desde Madrid á Petersburgo los miman y los alientan. Aquellos que no podían salir, disuelven las familias; despiden á los criados creyéndolos revolucionarios; encierran las hijas en los conventos extranjeros, preservándolas dentro de tales jaulas al huracán y á la tempestad. El número de habitantes, merced á esta continua peregrinación francesa, crece de manera en las ciudades fronterizas á Francia, que los alquileres de un año importan entonces tanto cuanto el valor de las casas importaba en otro tiempo. Hasta se regimentan y se uniforman los emigrados, cual si fueran militares en activo servicio. El frac azul con botones de oro flordelisados, indican la esperanza del desquite y la superioridad del apellido en todos cuantos lo llevan. Así, todo el numerario se va por límites ó fronteras; y la revolución se presenta empapelada en sus ruinosos asignados. Cuando reinaba la confianza todavía, el Rey en Versalles, París en fiesta, el Congreso en ejercicio, la Constitución en ciernes, sonriente universal esperanza en los ánimos. Necker en candelero, expedíanse por el alcalde de París tan sólo doscientos pasaportes diarios. El año álgido de la triste Legislativa, hubo mes en que llegaron á expedirse doce mil. Y cada emigrado fué un grande condensador de tempestuosa electricidad contra la Francia revolucionaria y la monarquía constitucional. Todos cuantos seres y todas cuantas entidades vivieran sobrepuestas á la monarquía, se iban; el arte cortesano de joyería, sin compradores; las bailarinas del cuerpo de la Opera, sin queridos; las modistas de ambos sexos, sin parroquianos; las floreras que hacían flores de trapo y seda para los salones á la moda

sin trabajo. *El Observador*, periódico muy considerado como fuente histórica, nos refiere los grandes señores partidos al pánico revolucionario y conmemora la española duquesa del Infantado yéndose hacia Madrid y llevándose los beneficios connaturales á sus ochocientos mil francos de oro anuales, dispendiados en París. Todos los gastadores se han ido y de su ida se resienten por aquella sazón en Francia, no los ricos, sino los jornaleros. Corte de los príncipes con su ejército compuesto por lacayos y cocineros y pinches; gente de trabajo y jornal; grandes y dispendiosos señores tan ricos de fortuna como los príncipes mismos y más gastadores aún, como los Condes y los duques de Borbón, verdaderos soberanos; gentiles-hombres de palacio y damas de honor; obispos y arzobispos; generales y títulos, llévanse consigo una gran parte de la felicidad, antaño gozada por la gente popular, quien aprende á su costa, cómo no puede vivirse únicamente de libertades y de ideas. Así vendíanse por todas partes en París, bastones auríferos, huecos por dentro, lisos y modestos por fuera, capaces de llevar encerrados, uno sobre otro, seiscientos luises de oro. El hambre por ende, crecía de suyo al compás, que también de suyo crecía la emigración.

Imposible no chocaran los emigrados con el Parlamento; é imposible no chocara el Parlamento con el Rey por los emigrados. La primera composición ministerial, hecha por el poder monárquico para entenderse con los demás poderes públicos, no acertaba ella de ningún modo á entenderse consigo dentro de sí misma. Cada ministro la echaba por su lado. Había en ella desde ministros realistas, con el corazón y el pensamiento puestos en la emigración, hasta ministros revolucionarios, con el corazón y el pensamiento puestos en la República. Molville se hubiera dejado matar por el Monarca, y se hubiera dejado matar contra el Monarca Gerville. Lessat, ministro de Estado, pensaba en someter los emigrados por la persuasión; y Tarbé, ministro de Hacienda, en seguir los emigrados al destierro. Gerville era un clubista en el gobierno. Y hablaba delante del Rey como si hablase delante del pueblo. Así, mientras él se creía un buen demócrata, le creía la corte á él un mal criado. No hay fenómeno tan curioso como un republicano de veras en las regias Cortes y en los reales ministerios. La situación suya es tal, que, ó se anula para ser perdonado en su nueva dignidad, ó, para defenderse del cargo de apostasía, ofendé con insolencias al Rey. Gerville, arrastrado al ministerio por caposidades que parecían razones, procedió como un republicano rojo en el ministerio, exagerando ideas y fórmulas, acaso nunca soñadas cuando era un patriota bueno y un ciudadano sencillo. Lo primero que hizo fué proponer la ida del Rey con sus guardias al ayuntamiento, presidido por Pétión, y compuesto de jacobinos, aconsejados por Robespierre, y de dantonistas, asistidos por Danton, á prestar cívico y solemne juramento. Así, en los diarios de la corte, donde se conmemora tal hecho, añaden la siguiente interrogación: «¿cómo interesarse por este animal?» Un día, estando en consejo, la princesa Isabel hizo que le rogaran se personase, al